

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 9 rs., seis 16, y un año 30.
PROVINCIAS: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 34.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 54.
AMÉRICA: Seis meses 38, y un año 70.
FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ,

ADVERTENCIA.

Desde 1.º de Abril se publicarán cada mes ocho ó nueve números de EL CASCABEL, es decir, doble lectura de la que hoy damos á nuestros favorecedores, haciendo por este motivo la alteración en los precios que puede verse á la cabeza de este número. Creemos que nuestros suscritores no verán con disgusto este insignificante aumento de precio, que no compensa ni con mucho los mayores gastos que pesan sobre esta empresa desde 1.º de Abril.

Los señores suscritores actuales, cuyo abono termina en fin de este mes ó del próximo, y lo renueven ántes del 20 de este último, recibirán el libro que está en prensa, titulado:

LA VERDAD LISA Y LLANA.

Colección de letrillas y fábulas políticas y sociales y de todo género, ORIGINALES DE D. CARLOS FRONTAURA.

Igual obsequio recibirán todos los nuevos suscritores que hagan su abono por seis meses ántes de fin de Marzo.

OTRA.

En el número primero del próximo mes de Abril, comenzaremos á publicar en el folletín una novela original de la señorita doña Angela Grassi, escritora premiada por la Real Academia española. Esta novela se titula: EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

LA SEMANA SANTA.

I.

Una gota de hiel no falta nunca en el fondo de la alegría, así como un destello de oculta felicidad se refleja casi siempre en la más sombría tristeza.

Esto mismo nos lo ha dicho ya Eulogio Florentino Sanz en aquellos dos versos de su magnífico drama *don Francisco de Quevedo*:

«como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor.»

Entre la alegría que acaba en llanto y la tristeza que concluye por dibujar en nuestros labios una apacible sonrisa, parece que la elección no debería ser dudosa; pero la generalidad, sin embargo, opta por lo primero.

Yo no lo extraño. Hablad á un ciego de nacimiento de los bellísimos cambiantes que toman los rayos del sol cuando asoma por Oriente, ó de los pálidos resplandores del crepúsculo de la tarde, y no logrará entenderlos.

Ponderad al hombre que no haya visto nunca el mar, el espectáculo imponente y magnífico que presenta el Océano, y se encogerá de hombros.

Decid al que tenga la desgracia de no haber conocido á la mujer que le dió el ser, qué inmensos tesoros de ternura y de abnegación se encierran en el corazón de una madre, y creará que exagerais.

He aquí tres ejemplos que demuestran de una manera clara lo que sucede con la alegría y con la tristeza.

No es posible apreciar debidamente lo que no se posee, lo que no se ve, lo que no se admira.

La persona que haya pasado toda su vida riendo, será capaz hasta de negar la existencia de las lágrimas.

¿Qué podrá decirnos acerca del sentimiento el que no haya nacido para sentir?

Es necesario convencerse de que hay muchas cosas que no se compran, que no se heredan, que no se conquistan.

Y bien considerado, la cuestión es sencillísima: es una cuestión puramente de naturaleza.

No todas las organizaciones sienten de la misma manera, ni todos los corazones laten bajo las mismas impresiones, ni bajo los mismos afectos.

Pero ántes de pasar adelante, séame permitido decir:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

Aquellos de mis lectores que estimen en lo que vale esa tristeza del alma que todo lo embellece y que permite ver por un prisma menos mezquino las flaquezas humanas; aquellos que, en vez de aburrirse, sueñan y se estremecen de placer escuchando la *Sonámbula* de Bellini, ó la *Luccia* de Donizetti, díganme por favor, si reunida toda la alegría de los días más alegres del año, podrá nunca llegar á compararse con la tristeza contemplativa y conmovedora que encierra la Semana Santa.

¿Qué magníficos son esos siete días, que hacen que nuestra memoria se ilumine con la inextinguible luz de los recuerdos!...

Parece que por todas partes vemos levantarse la gran figura del que se ofreció como víctima para salvar al género humano.

El sublime misterio de la Redención viene á pedirnos una lágrima y un recuerdo.

¿Seremos tan ingratos que nos atrevamos á negar ambas cosas?

II.

Hay ciertos días en el año que convidan á la meditación.

La naturaleza entera parece que se recoge dentro de sí misma, temerosa de turbar con su constante y universal movimiento el solemne y característico silencio de la Semana Santa.

¿Pero de dónde nace esa dulce melancolía que se retrata en todos los semblantes, ese religioso recogimiento con que discurren las gentes por las calles de Madrid?

Hay una luz que solo vemos con los ojos del alma, y que, cual luminoso faro, nos conduce á puerto de salvación.

Luz cuyo resplandor consideramos necesario para el buen éxito de todos nuestros negocios, de todas nuestras empresas.

Luz que se amortigua con facilidad, pero que no muere nunca.

Luz, en fin, que nos permite distinguir y admirar al que, lleno de misericordia y poseído de una caridad sin límites, se hizo hombre y sufrió con una resignación que no es posible describir, la muerte más cruel y más afrentosa.

Esa luz, queridos lectores, es... la fé.

La fé que, durante la Semana Santa, llama á todas las puertas, porque quiere anidarse en todos los corazones.

La fé, que es una parte de la herencia que nos dejó

al espirar el que por la humanidad dió hasta la última gota de su sangre.

La fé... pero ¿á qué me canso cuando la veis resplandecer por todas partes?

El tiempo es santo, y la fé desciende del trono de Dios, y flota en el aire que respiramos, y se refleja en todas las miradas.

¿Pero es verdad todo lo que vemos?...

¿No hay nada de aliño ni de compostura en tantos rostros oscurecidos por la tristeza?

¿Obedecemos únicamente á un sentimiento de compasión y de acendrada y pura gratitud, ó tenemos el dominio suficiente sobre nosotros mismos para descomponer nuestros semblantes al constituirnos en esclavos de una costumbre?

¡Ah queridos lectores!... Dios se sacrificó por la humanidad, y la humanidad será siempre ingrata para con su Dios!

¿Conoceis algo que sea más despreciable y odioso que la ingratitud?...

Tal vez la ingratitud de los hombres fué la espina más punzante que atravesó el corazón del Redentor del mundo.

Pero estaba escrito, y lo escrito por Dios tenía necesariamente que cumplirse.

La humanidad acostumbra, por efecto de su pequeñez, á negar todo aquello que no comprende, ó por lo ménos, á ponerlo en duda.

Por eso la fé, principalmente en las grandes ciudades, no consigue albergarse en todos los corazones.

Las capitales populosas, y Madrid sobre todo, merecen un detenido estudio.

En Madrid no falta absolutamente nada; todo se encuentra de sobra.

En Madrid hay muchos hombres que pretenden pasar por *grandes*, siendo muy pequeños.

Hay muchos dedicados exclusivamente á *hacer* política, cuyo inocente entretenimiento es hoy una industria como otra cualquiera.

Muchas medianías, y hasta nulidades, ocupando elevados puestos, que no merecen, y á los que nunca debieron haber llegado.

Muchos hombres honrados que se mueren de hambre.

Muchas sonrisas en rostros que jamás se vieron teñidos por el carmin de la vergüenza.

Mucha adulación, mucha avaricia, mucho descaro, mucha ignorancia.

Muchos maridos que hacen desgracias á sus mujeres, y muchas mujeres que engañan á sus maridos.

No faltan tampoco usureros que viven de la sangre del prójimo.

Petardistas que pasan por grandes señores.

Hipócritas que creen engañar á los demás, y solo consiguen engañarse á sí mismos.

Hombres que hacen traición á la amistad.

Mujeres que dicen lo que no sienten.

En Madrid hay también mucha miseria oculta bajo un exterior fastuoso y deslumbrador.

Hay muchas fortunas improvisadas y mucha gente que pide limosna.

Muchas honras de venta.

Muchas conciencias de adorno.

Mucha farsa, mucho orgullo, mucha osadía, mucho egoísmo, mucho lodo.

Todo esto, y más que no menciono, se encuentra de sobra por Madrid, y... por todo el mundo.

¿Y de qué se carece?... Eso yo no me atrevo á decirlo.

Adivinenlo aquellos de mis lectores que recuerden con verdadero dolor la historia del Crucificado.

III.

La humanidad en el siglo XIX es una copia fiel y exacta de lo que ha sido en todos los siglos.

El oro y el oropel aparecen confundidos, como con

fundidos vemos por todas partes los vicios y las virtudes.

El Rey de reyes, la víctima inocente, el cordero sin mancilla, está pendiente todavía del sagrado madero llorando la ingratitud del género humano.

Por eso la Iglesia, que deplora nuestras debilidades más que nosotros mismos, nos recuerda todos los años, desde hace diez y nueve siglos, lo que muchas veces no queremos oír, ó nos complacemos en olvidar.

La Iglesia, esa madre tierna y cariñosísima, que lee en nuestros corazones, se estremece de dolor al observar que en la tristeza de nuestros semblantes hay mucho de despecho y no poco de hipocresía.

Para la generalidad de los hombres políticos, para la mayor parte de los hombres de negocios, la Semana Santa es una semana perdida.

Y es indudable, por desgracia, que el lúgubre silencio que por todos lados nos rodea, tiene mucha semejanza con el ¡Hosanna! ¡Hosanna! con que recibieron los judíos á Jesucristo cuando se presentó á las puertas de Jerusalén.

En muchas ocasiones, el silencio es más elocuente que las más elocuentes palabras.

Los judíos, para celebrar la entrada de Jesús en Jerusalén, poblaban el aire con gritos de alegría, y alfombrando con flores, palmas y ramos de oliva el camino por donde el Redentor había de pasar, decían:

—«¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!... ¡Él es hijo de David, rey de Israel!»

Poco después de aquella misma turba entusiasmada, de aquella gozosa multitud, salieron los verdugos que osaron poner sus impías manos en el Autor de la luz y de la vida.

Nosotros no repetimos, es verdad, aquellas palabras de los judíos, que son el más negro y el más abominable de los sarcasmos; pero seguimos las huellas de los que las pronunciaron.

La infame raza de aquellos verdugos durará tanto como el mundo.

Jesús continúa padeciendo después de haber derramado inútilmente hasta la última gota de su sangre. El cruento drama está representándose todavía.

Aun hay en la tierra Judas que venden y Pedros que niegan.

Pérfidos criados dispuestos á todas horas á estampar sacrilegas bofetadas en la sagrada mejilla del Salvador.

Almas empedernidas y corazones metalizados para los que nada significan aquellas sublimes palabras que pronunció el divino Maestro al verse cruelmente maltratado por uno de los satélites del infame Caifás:

—«Si he obrado mal, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»

No es posible imaginar una ternura más admirable, ni una bondad más infinita.

¡Qué terrible contraste forma la humildad de Jesús con nuestra estúpida soberbia!

Entre la humanidad hay todavía muchos que, habiendo nacido para el bien, concluyen por ser esclavos del mal.

Hombres de carácter débil y miserable, que pasan su vida en criminales vacilaciones, siendo, por lo tanto, impotentes para impedir que el error triunfe de la verdad y que la virtud se vea vencida por el vicio.

Hombres, en fin, que, acosados por los gritos de la conciencia, pretenden regenerarse con un poco de agua, y se lavan las manos como Pilatos.

Y no caerá nunca la venda que cubre nuestros ojos?

¿Hasta cuándo nuestras iniquidades han de prolongar la pasión del más justo entre todos los justos, del más inocente entre todos los inocentes?

¿Hasta cuándo hemos de estar pidiendo la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús?

¿No asomará nunca á nuestros ojos el llanto del arrepentimiento?

IV.

Los pecados de la humanidad hicieron necesario un sacrificio; pero faltaba la víctima, y entonces el mismo Dios bajó á colocarse en medio de los hombres.

Es decir:

El crimen quedó á salvo, y la inocencia sufrió el castigo.

Hay acciones tan heroicas, tan elevadas, tan sublimes, que no las comprendemos.

¿Y qué exigió nuestro dulce Redentor en pago del espantoso sacrificio á que iba á someterse? Ahora lo veremos.

Jesús sufrió resignado y tranquilo toda clase de dolores, todo género de humillaciones y de afrentas.

Nada era bastante para hacerle desistir de su caritativo propósito, porque estaba escrito también que Jesús apuraría hasta la última gota del cáliz de la amargura.

Y solo cuando el fatal momento se aproximaba, y el penoso sacrificio iba á quedar consumado, fué cuando el Señor, dirigiéndose á la asquerosa turba que le rodeaba, dijo con voz apagada por efecto de los dolores:

—«¡Tengo sed!»

Pero al decir—tengo sed,—no pedía agua, pedía la recompensa por su abnegación al hacerse cargo de los pecados de los hombres.

—«¡Tengo sed!...» decía el Salvador, ó lo que es lo mismo: «Ved cuánto suro sin que un ay se escape de mis labios ni un movimiento de impaciencia os anuncie lo mucho que padezco.»

«Tengo sed; pero todo lo doy por bien empleado, porque vuestra salvación depende de mi muerte.»

«Tengo sed de que, comprendiendo vuestros deberes y la importancia del servicio que os presto, desterréis la ingratitud de vuestros corazones.»

«Tengo sed de que luzca para vosotros el sol de la verdad y de la justicia.»

«Tengo sed de que la ternura se retrate en todos los semblantes, y de que brillen en todos los ojos las lágrimas del arrepentimiento.»

«Tengo sed de amor, porque mi amor á la humanidad es lo único que me tiene en este sitio afrentoso.»

«Yo he dado ya todo el amor que posea; pagadme vosotros en la misma moneda: dadme amor.»

He aquí lo único que nos exigía. lo único que pedía tan encarecidamente el Justo por excelencia: amor.

Necesitaba amar y ser amado.

Pero ¡ay! aquella chusma miserable inventó un nuevo ultraje, una nueva ofensa.

¿Habeis visto alguna vez que el amor esté representado por una esponja empapada en hiel y vinagre?

Pues ese fué el amor que los hombres aplicaron á los divinos labios del Señor de los señores.

La crueldad había llegado á su colmo.

Aquella esponja estaba destinada á seguir á la humanidad, para presenciar todos sus desacerdos, todas sus miserias, todas sus iniquidades.

Aquella esponja está sirviendo todavía.

Pero lo verdaderamente admirable fué la humildad y la paciencia de que se revistió el Redentor al recibir el último ultraje.

¿Qué inmensa y qué incomprensible es la misericordia de Dios!

Porque ¿quién sino Dios, por efecto de su amor á la humanidad, hubiera tenido fuerza bastante para decir, en medio de los tormentos de su pasión dolorosísima:

—«Padre mio, perdónalos, pues no saben lo que se hacen?»

Ved qué manera tenía de vengarse el que, con solo una palabra, hubiera podido convertir en polvo á todos sus enemigos.

Pero al amorosísimo Jesús no le parecía, sin duda, suficiente la súplica dirigida al Eterno Padre: necesitaba dar una prueba pública de que perdonaba á todos los que le habían ofendido, á los mismos que le crucificaron.

Un rayo de la gracia divina penetra de repente en el corazón de Dimas.

¡Dichoso momento aquel en que los augustos labios del Dios de Israel se abrieron para pronunciar palabras de caridad y de perdón!

El buen ladrón contempla un momento el hermoso rostro del Señor, y con voz balbuciente, por el temor de no ser oído, exclama:

—«Acuérdate de mí cuando estés en tu reino.»

—«Hoy serás conmigo en el Paraíso.»—fué la contestación de Jesús Nazareno.

¡Ay lectores!—Ante el recuerdo de tan grandioso espectáculo, la razón se ofusca y el corazón se oprime.

La inteligencia humana no llegará nunca á apreciar, en su justo valor, ninguno de los preciosos detalles en que abunda el gran misterio de la Redención.

Yo, por mi parte, me apresuro á dar por terminado este artículo, temeroso de empañar con mi tosca pluma la sublimidad y la grandeza de tan elevado misterio.

V.

Si los que pasan la vida luchando con una suerte adversa, incurrían en la torpeza de mirar adelante, lo primero que distinguen es el hastío, y poco después la desesperación; pero si, por el contrario, vuelven la vista atrás, entonces hasta el ser más castigado por la desgracia tiene necesariamente que consolarse.

Es muy general la creencia de que la felicidad, ese bien tan codiciado y de que tanto carecemos, tiene el cruel capricho de alejarse á medida que nos acercamos; pero no es así.

La felicidad no va delante de nosotros, la dejamos atrás; y por eso, cuanto más corremos para alcanzarla, más y más nos separamos de ella.

No es la felicidad, por lo tanto, la que se aleja de nosotros; somos nosotros los que huimos de la felicidad.

Yo comprendo que en esta época, en que tanto se habla de ilustración y de progreso, es muy sensible retroceder, aunque solo sea con los ojos ó con el pensamiento; pero el que algo quiere algo le cuesta, y si hemos de hacernos dueños de la felicidad, no hay más remedio que retroceder.

No nos hagamos ilusiones.

No formemos el peligroso empeño de marchar toda la vida en seguimiento de un fantasma.

No olvidemos que la antorcha de la verdadera ilustración y del verdadero progreso, la antorcha de la felicidad, de la verdad y de la justicia, empezó á brillar hace diez y nueve siglos.

Dejémosnos guiar por la luz que resplandece en lo alto del Calvario, que es la luz de la civilización y la base de cuanto existe sobre la tierra.

Dejémosnos guiar para no vernos algún día en el triste caso de confesar nuestro error, cuando ya sea tarde para poner el remedio, como le sucedió al Centurión, que después que Jesús había espirado, fué cuando exclamó, lleno de terror y de espanto:—«¡Ese hombre era verdaderamente el Hijo de Dios!»

Riámonos de ridículas preocupaciones, compadezcámonos muy de veras á los que hacen alarde de un cinismo que no sienten, y recordemos siempre, con gratitud y con enterneamiento, el sangriento drama que, para salvación de la humanidad, tuvo principio en el huerto de Gethsemani y concluyó en la cumbre del Gólgota.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

POLITIQUELLA.

Pues señor, tres meses van pasados del año de gracia de 1866, ¿dónde tendrá la gracia este año?—y estamos, gracias á la politiquilla, tan mal ó peor que estábamos el año pasado; y eso que estuvimos rematadamente mal.

Estamos ya tan acostumbrados á estar mal, á vivir mal, que casi creemos que nuestra situación no es tan mala pensando que acaso pudiera ser peor.

Pero estamos muy mal, caballeros, muy mal, muy remal.

En el año último, el Gobierno no hizo otra cosa mas que reconocer á Italia, cosa que nos tiene sin cuidado, y de la que no tenemos para qué hablar ni en pró ni en contra. En los tres meses que llevamos de año nuevo,

el Gobierno no ha hecho nada más que sofocar la rebelión que estalló el día 3, capitaneada por un valiente adalid, á quien, para bien suyo y prestigio de su nombre, quisieramos ver ageno á la política.

Ha pasado la rebelión, ha pasado el estado de sitio, ha pasado el suave mando de Hoyos, hemos entrado en el estado normal, y....

¡Pero qué triste es el estado normal en este país, con estos nombres, con estos hombrecillos que se dedican á la política y la convierten en *politiquilla*.

Ya estamos como estábamos antes de la sublevación militar, sobre la que no diremos nada, porque respetamos, sin aplaudirlos, á los que están proscritos de su patria; ya estamos en estado normal; ya no hay temor de que se altere el orden público; ya no se escama la gente pacífica ni la turbulenta de ver á los guardias civiles armados de todas armas; ya es hora de dedicarse á mejorar la situación del país; ya pueden todos los sábios de los diferentes partidos exponer las ideas que juzguen convenientes á la felicidad del país... y sin embargo, todo el mundo teme, todo el mundo se entristece, todo el mundo conoce que estamos mal, que estamos muy mal....

Conoce todo el mundo que no es posible que estemos bien, como que esto que aquí se hace no es política, como que los que aquí pasan por sábios en política no saben gobernar, como que el ministerio por una parte y la oposición por otra, no hacen más que echarlo á perder, si es que hay aquí algo que echar á perder.

¡Hombres! con dos mil de á caballo,—y no sublevaros,—vengan VV. acá y no me alboroten.

V., señor Gobierno, ocúpese menos en lo que digan de los ministros los periódicos, que, si no tienen razón, nadie se la dara, y si la tienen, aunque V. los persiga no dejarán de tenerla; tape V. la boca á todo el mundo con proyectos de ley destinados á mejorar la situación general del país, suprima V. empleos inútiles, rebaje V. impuestos, haga V. el sordo á los clamores de los menos para lograr el aplauso de los más, no haga V. caso de amenazas de los amigos, y en fin, apóyese V. en la opinión pública, que es la de las clases contribuyentes, y no otra, que con ese apoyo vivirá V. más respetado y tranquilo que con el de cuatro amigotes que le volverán la espalda el día que se les ponga entre ceja y ceja suplantarle á V. y ocupar su lugar. Deje V. en paz á la prensa, mientras no escandalice á las gentes honradas, y cumpla V. las leyes y haga cosas buenas, y á los que se opongan á esas cosas buenas, no les dé V. más castigo que la opinión pública.

VV., señores moderados, no armen VV. tanto alboroto por lo que hace el Gobierno, y acuérdense VV. de lo que hicieron los suyos. El que esté limpio de culpa que arroje la primera piedra, que alguna habrá quedado de aquellos *cargos famosos*.—Yo no digo que este Gobierno es bueno, libreme Dios; digo todo lo contrario, y lo seguiré diciendo, si no se enmienda, que creo que no se enmendará; pero digan VV., y el Gobierno de Narvaez ¿cómo era?... Pues me parece que Narvaez y sus compañeros eran moderados, y lo hicieron todo lo mal que les fué posible. ¿Cómo hemos de creer que VV. lo hayan bien otra vez?... Y si no, á la prueba, que, según todas las apariencias, pronto subirán VV. á las alturas del poder y tendrán ocasión de hacer cosas buenas, y que me claven en la pared las que hagan VV. Lo que ahora, antes de subir, debían hacer VV., es presentar un proyecto de Gobierno bueno y barato, pedir humildemente perdón de sus culpas y pecados, decir que ya no volverán á hacer lo que antes, y acaso acaso diría la opinión pública:—«Pues señor, que suban esos santos varones, y si nos engañan esta vez, ya los haré bajar de cabeza.»

VV., señores progresistas, quieren gobernar.... No me opongo, y si lo hubieran VV. de hacer bien, me alegraría verlos en candelero, y aunque fuese en candelabro; pero, por Dios, señores, aunqun VV. de ese condenado retraimiento en el que están, y con esto no creo agraviar á VV.; solo por la negra honrilla, vayan VV. al Congreso á pedir cuentas al Gobierno, á contar todo lo que sepan, á exponer sus planes de Hacienda y los medios con que cuentan para hacer feliz al país, ó menos infeliz, y no hay duda que, si los planes de VV. son buenos, si la experiencia y el estudio les han hecho conocer las necesidades del país, sus males y sus remedios, de VV. será la opinión pública, y á pesar de su excesiva modestia, tendrán VV. que tomarse la molestia de gobernarlos, y ojala fuera mañana si hubiera de ser para bien.

VV., señores demócratas, no chillen VV. tanto, no exageren tanto las cosas, no armen VV. esa algarabía, que á nadie convence. En buen hora que expongan VV. sus ideas y sus principios; pero en paz y en gracia de Dios, sin apelar á palabras mal sonantes, sin odio, sin despecho, sin impaciencia, que no se ganó Zamora en una hora, ni hemos de convertirnos todos á la democracia en un momento. VV. dicen que la democracia es lo bueno, lo grande, lo justo, lo modesto, lo hermoso.... Pues sean VV. buenos, justos, grandes, modestos, etc., etc. Lo que VV. hacen es armar mucha bulla y sembrar odios, y no es esta á fé mia la siembra que más falta hace en el ingrato terreno de la política.

En fin, señores de todos los partidos, no sean VV. absolutistas intransigentes, que es lo que son VV. todos, toda vez que tan aficionados son á la *Justicia*, y no por mi casa, sean VV. hombres formales y no hagan de la política un juego de chicos, de cuyo juego resultan esos dimes y diretes, esas batallas políticas que tanto escandalizan al ilustrado público, en las que tanto tiempo se pierde, y que son una cosa así como las pedrea que fuera de puertas suele haber entre los chicos del partido de las Vistillas y los de Maravillas. Censuren VV. todos, gobernantes y aspirantes, que los contempla muchísima gente honrada, que está ya muy desengañada de VV., y que ve que con todos VV. no se puede atar un ochavo de cominos, y seduele, y nunca tanto como debería, de que aquí en política no se sabe hacer mas que hablar, y que al que más y al que menos de los políticos se le va la fuerza por la boca.

¿Qué es lo que hace el Gobierno?...

Procurar sostenerse en el poder, aunque esta tienga

tan pocos atractivos, según dicen ellos, y seguir la rutina, es decir, aplicar a la gobernación del país el sistema, reconocidamente malo, seguido por este y por el otro y por mil Gobiernos, hacer, en fin, lo contrario de lo que prometieron sus hombres en la oposición.

¿Que hace la oposición?
Armar una algarabía capaz de aturdir a los demonios mismos, exagerar las cosas, desatarse, mostrar su despecho y su impaciencia, y andar a brazo partido con el Gobierno, más que porque el Gobierno no hace la felicidad del país, porque los señores de la oposición quieren ocupar su puesto, para hacerlo luego tan mal como siempre.

Y cuando estos suban se volverán las tornas; los otros en la oposición serán como estos, y estos en el ministerio tan descuidados y vanidosos como aquellos.

Y todos los llamados hombres políticos son, repetimos, intransigentes y absolutistas, todos, menos los de El Cascabel, aunque estos no son políticos ni quieren, y a pesar de las comodidades y ventajas que el oficio ofrece, prefieren ser de los que sufren la política, para no ser cómplices de los que la hacen.

¿Qué resultado ha dado la politiquilla desde el 1.º de Abril del año último hasta hoy?...

He aquí el cuadro: corridas, tiros, muertos y heridos el 10 de Abril.

El comercio sin una peseta, ni esperanzas de tenerla. La Hacienda cada vez más enferma.

Sublevación militar en Enero de este año.

Una infinidad de familias temerosas por la suerte de los suyos, proscritos en país extraño.

Dos sargentos, un capitán y un zapatero infelices fusilados en la Fuente Castellana.

Estado de sitio cerca de tres meses.

Si estos son los frutos que da la política, reniego de ella, es decir, de la política nó, de la politiquilla miserable y ruin.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

SÉTIMA PAREJA.

Ramírez es un galán, que tiene tanto de galán como yo de obispo, pero siempre está ajustado en algún teatro, y siempre lo ponen en la lista de la compañía con esta denominación: «Otro galán», que es lo mismo que si pusieran: «¡Otra ganga!» ó «¡Otra plepa!» porque efectivamente el señor Ramírez es un galán que da gana de llorar verle, un actor que ha trabajado con aplauso en los teatros de Jadraque, Calatorao, Getafe y otras capitales; pero siendo, como es, un comediante de lo más malo que se conoce, y eso que los hay rematados, desde hace algunos años figura en compañías escogidas, en teatros de primero y segundo orden.

El motivo de que esté ajustado siempre, consiste simplemente en que tuvo la buena fortuna de casarse con Mariquita Roja, que es una dama joven (40 años poco más ó menos), que tiene cierta gracia y cierta travesura, con que se ha hecho necesaria en toda compañía bien organizada. Mariquita Roja, que representa los papeles todos que se la confían, por lo que es muy útil á una empresa, no representa la edad que tiene; es muy elegante, fina, simpática, amable é inteligente, todo lo contrario que su marido, que es feo en primer lugar y en todos los lugares, torpe, antipático, y con unas pretensiones, que juzga el pobre que Romea y él salvarían á una empresa si trabajasen juntos. La importancia que tiene en el arte y en el mundo el señor

Ramírez es tal, que nadie le llama Ramírez como se llama, sino que todo el mundo le llama el marido de la Roja, sin que á esta se la llame nunca la mujer de Ramírez.

Esta apreciable actriz, que siempre está ajustada, no firma ningún ajuste si la empresa no ajusta á su marido, que toma un sueldo, siempre mezquino en su concepto, sueldo que viene á ser un dinero que la empresa tira á la calle.

Mariquita se ha acostumbrado á considerar á su marido todo lo menos posible, y le haría el mismo caso que al cabo de comparsas, si no fuera porque el marido es para ella un criado fiel, que la acompaña al ensayo, la va á buscar, le compra los colores, guantes, algodones y demás cosméticos, y según dicen algunos, hasta le ayuda á coser los trajes, la tiene el mantón cuando ella está en escena, va al café á avisar que la lleven té ó ponche, ó se lo lleva él mismo, y la representa en juicio cuando algún empresario quiebra ó la quiere escamotear alguna quincena. Y hay quien dice que en casa él es el que va á la compra, él quien pelea con la criada, él quien limpia el polvo, cosa poco frecuente en su casa, quien lo hace todo, en fin, mientras su apreciable esposa estudia los papeles, recibe al autor de la comedia que se va á ensayar, ó ensaya frente al espejo las sonrisas y las coquetterías propias del carácter que ha de interpretar.

Así, pues, Ramírez es, en la vida privada, criado, mayordomo y ayuda de cámara de su mujer; y en público, en la escena, siempre desempeña papeles de la misma categoría, y es muy frecuente ver á su mujer representando á la marquesa del Suspiro, y oírle á él, vestido de librea, decir con la mayor sumisión á su mujer:—*El coche de S. E., ó S. E. está servido*, y oírle á ella que le llama *torpe, animal, bruto de Babilonia*, y todo lo que se le antoja al autor de la comedia. Para el bueno de Ramírez no hay, desde la Ristori abajo, actriz mejor que su mujer, y siempre está, como él dice, á matar con la empresa, que no le da en todas las comedias la parte más brillante, porque su mujer, según él dice, sirve para todo, y no porque se llame dama joven, no ha de poder hacer matronas (no crean VV. que parteras), damas de carácter, y en fin, por lucir á su mujer, quisiera el que la repartiesen hasta el papel de don Juan Tenorio, en el drama de este nombre, ó el de don Pedro en *El zapatero y el Rey*.

Ramírez, cuando no toma parte en la función y su mujer no le necesita, se va al público, se coloca en la galería, y es el primero que aplaude á la actriz, haciendo que aplaudan esos que aplauden siempre que oyen aplaudir, y silban cuando oyen silbar, y habla de su mujer á los que están á su lado, sin decir, por supuesto, que él es el marido, encareciendo su mérito y servicios á la empresa, que se conduce con ella con la más negra ingratitud, y no quiere dar un beneficio libre á quien tantos beneficios la hace. De las demás actrices de la compañía habla pestes Ramírez, y cuenta los años que tienen, y lo mucho que dan que hacer á la empresa, y otras cosas que, si son ciertas, no deben decirse, y si son falsas, es un gran crimen inventarlas. Verdad es que, cuando él oye decir de su mujer alguna cosa por el estilo, se calla como un muerto; pero no se calla si se critica á su mujer en el terreno del arte, que entonces no sufre la menor censura, y es capaz de retar, á combate singular á quien se permite dudar del mérito artístico de su costilla, aunque luego, si le admiten el desafío, tiene buen cuidado de no acudir á la cita.

El es muy entendido en el arte dramático, según dice; asiste á todas las lecturas y ensayos de los dra-

mas y comedias en que toma parte su mujer, y muchas veces coge al autor y sostiene con él un diálogo por este estilo:

—Amigo, ha hecho V. una comedia que va á alborotar.

—¡Hombre! tanto como alborotar....

—Sí, señor, sí; yo tengo ya mucha experiencia, y solo con oír leer una obra, ya sé el efecto que va á hacer.... Diga V., ¿ha visto V. á mi mujer *La trenza de sus cabellos*?

—¡Hombre! no he reparado.... ¿Tiene buen pelo?...

—Lo digo, porque ese es el género de mi mujer, *La Trenza de sus cabellos, Borrascas del corazón, El Corazón de un bandido, El Tanto por ciento*, eso, eso es lo que le deben VV. escribir á Mariquita.

—Sí, sí, Mariquita es una buena actriz.

Por eso yo quisiera que en la escena esa que tiene en el acto tercero, cuando el padre la coge cargando una pistola para matar con ella á su amante por celos, y ella, ciega y aturrida, le pega un tiro á su padre, creyendo que es el amante.... quisiera yo.... ¡no le parece á V. que estaría bien que se volviera loca?... Mire V., para hacer locuras, mi mujer.... ¿No se acuerda V. de *El Ahorcado por una equivocación*, que se hizo aquí el mes pasado?... Pues si no viene la locura de mi mujer al ver colgado de una viga á su marido, el drama muere aquella noche; pero amigo, salió mi mujer con la locura, y cuando dijo:

¡Que me ajorquen! ¡que me ajorquen! (1)
en ese mismo cordel,

el teatro se vino abajo, y en medio de los aplausos salió el autor, sin que nadie le llamara, y el drama se salvó.

—Pues hombre, en mi obra no puedo volver loca á su mujer de V. Sería una barbaridad.

—Mire V., en eso no ha de reparar V., porque lo que se ha de buscar en el teatro es el efecto. Piénselo V.; yo no sé escribir bien, pero lo que es argumentos para comedias y dramas, se me ocurren cincuenta cada día, que si yo tuviera quien los escribiese, le aseguro á V. que habíamos de ganar un dineral.... Yo quisiera encontrar un poeta, así como V., que pusiera en verso lo que á mi me ocurría.... Mire V., solo de lo que nos ha pasado en provincias á mí y á mi mujer en las fondas y en las casas de huéspedes, se podían hacer veinte piezas. Pues si yo le contare á V. lo que le pasó á mi padre antes de casarse con mi madre, antes de que yo naciera.... Era sargento de provinciales, y el comandante quería también á mi madre, y le armó un caramillo á mi padre, que estuvieron si le fasilan ó nó.... Me ha referido mi padre mil veces una escena que tuvo en la cárcel con el comandante, que hacía llorar á las piedras. A mi madre, cuando se la oía referir á mi padre, le daba una convulsión.... Eso también se podría poner, haciendo el papel de mi madre mi mujer, que para convulsiones no hay otra.... Si V. quiere, nos reunimos en el café, y yo le contare á V. argumentos para lo que V. quiera.... Comedias de gracioso tengo yo no sé cuántas, que darían un caudal.... Yo, dándole á V. asuntos, y V. poniéndolos en verso, podíamos dar á la empresa todas las obras que necesitase en la temporada, y no dejar á ningún autor meter aquí la cabeza.

—¿V. es actor también?
—Sí, señor, pero aquí no me dan trabajo, y yo estoy aquí por Mariquita, que si no.... ¿Por qué no me escribe V. una obra?... Yo tengo deseo de hacer un gallego, que empiece siendo aguador y acabe siendo ministro,

(1) El autor diría que me ajorquen; pero Ramírez es andaluz.

EL TIO BLAS.

(Conclusion.)

Pues ¿y la mujer?

¡Qué gozo el de tener á su lado quien mire por ella, quien gane con el sudor de su frente algún dinero para proporcionarle comodidades en sus viejos días, quien la ofrezca el apoyo de su brazo, cuando hagan flaquear sus piernas la edad ó los achaques!

Nuestras pequeñas nubecillas tuvimos al principio, porque á mí me gustaba mucho ir con mi guitarra á cantar debajo de las ventanas de las buenas chicas, y mi mujer tenía bastante mal genio, ¡no es verdad, Magdalena?

Me acuerdo que un día reñimos muy de veras, pero el señor cura me dijo:

—Blas, supongamos que tú gastas todos tus ahorros en comprar trigo, y lo escondes en las entrañas de la tierra. Tenias dinero y no tienes nada.... Pasan días y días, y ves con desconsuelo que la tierra permanece árida y seca; pero deja que esparzan su rocío las mañanitas de Mayo.... Al principio verás asomarse unos tallos muy menuditos, que van creciendo, van creciendo.... Luego de verdes se vuelven amarillos, y ¡qué gozo te causan entonces tantas bellas espigas, que brillan á los rayos del sol como si fuesen de oro!

¿Qué te parece si en medio de tu impaciencia, durante los meses de invierno, hubieses abandonado el campo y hubieses dejado que los pájaros se comiesen el fruto de tus ahorros y trabajo?

Así es el matrimonio: algunas pequeñas mortificaciones al principio, y luego la paz de la existencia, la dicha de los postreros años, el consuelo de ir á dormir en el cementerio, dejando quien nos lllore y nos bendiga.

¿Y qué bien dijo el señor cura! ¡no es cierto, Magdalena?

Desde entonces no más riñas: cediendo un poco el

uno, un poco el otro, llegamos á tener una sola voluntad.... Luego vinieron los hijos.... ¿Es posible no ser virtuosos cuando esos ángeles nos miran con sus ojitos dulces y serenos? Tuvimos ocho, todos honrados, ¡loado sea Dios! como que no han visto en nosotros cosa mala.... Entonces empezamos los dos á hacer como las abejas, que trabajan con tanto afán para llenar su colmena, porque ya teníamos á quien dejarla, y queríamos dejársela bien repleta.... ¡Nos hicimos casi ricos!

Y ahora, ¿puede haber alguno más feliz que nosotros, Magdalena? Los hijos nos cuidan á porfía, los nietecillos nos rejuvenecen con sus juegos y caricias....

Los ojos del honrado Blas se llenaron de lágrimas.

—Soy, como viejo, hablador, repuso interrumpiéndose bruscamente; aquí estoy echando una perorata, sin acordarme de preguntar quiénes son los que por mi culpa no se casan.

—V. es hablador porque habla bien, respondió el hombre, como que fué V. sacristan allá en su tiempo, y andaba siempre con el cura y con el maestro de escuela; pero yo, aunque no hablo bien, soy clarito como el agua, y he venido expresamente para espetarlo todo....

Mi hijo Perico, que es un mozo muy completo, quiere á su nietecilla de V., Juliana. Pero cádate aquí que Juliana dice que le quiere, pero que no quiere dejar á sus abuelos, hasta dejarlos amortajados, y cádate aquí que el loco de Pedro, en su desesperación, quiere agarrar la mochila é ir á servir al rey.... ¿Qué le parece á V. el avío?

—¡Juliana! gritó el anciano con voz trémula.

Juliana, que era una lindísima rubia, se acercó con la cabeza baja y tapándose la cara con el delantal.

—¿Es por lo que ha dicho el tío Paco, por lo que no quieres casarte con Perico? la preguntó.

Juliana se deslizó de rodillas, y levantando hácia sus abuelos su rostro encendido:

—Sí, señor, dijo, ¡oh, sí, señor! ¡Es verdad que tienen

VV. muchos nietos, y que todos los quieren como yo

les quiero; ¡pero yo estoy ya amañada á darles gusto! ¿Quién sabría, —añadió con inocente orgullo— quién sabría como yo prepararles sus tisanas y colocarles las almohadas para que puedan dormir con descanso por las siestas? ¿Quién daría el brazo á abuelita con tanto celo como yo, acompañándola cuando va á misa, y cuidando de que no tropiece con las piedras del camino?... ¿Quién?...

—Y por esto, interrumpió el viejo sumamente conmovido, por cuidarnos no te casas?

Juliana bajó los ojos.

—¿Ves, Magdalena, prosiguió Blas con indecible entusiasmo, ves cómo tenía razón el buen cura, cuando nos decía: ¡sembrad y recogeréis?... ¿Con qué tesoros podría comprarse el gozo de este instante? Julianita, niña.... cádate.... haz que tengamos dos en vez de un hijo.... Pedro, Pedro....

Pedro, que estaba escondido entre los árboles vecinos, corrió á postrarse á los pies del buen anciano.

—¡Benditos seáis! exclamó éste poniendo sus manos trémulas sobre las cabezas de ambos.... ¡Benditos seáis en vuestros hijos, y en los hijos de vuestros hijos! ¡Bendícelos, Magdalena, para que sean felices!...

El anciano al decir esto lloraba, los jovencillos lloraban á sus pies, todos llorábamos, pero era de enternecimiento y de alegría....

¿Cómo describir la escena que presenciábamos entonces! Todos se abrazaban, todos se felicitaban, tributando mil caricias á los venerables ancianos, que eran el centro y el móvil de su dicha.

Nos alejamos con pesar de aquella casita, en donde habíamos hallado escondida la felicidad verdadera, y al alejarnos repetíamos en voz baja las palabras del buen cura: *Algunas mortificaciones al principio, y luego la paz de la existencia, la dicha de los postreros años, el consuelo de ir á dormir en el cementerio, dejando quien nos lllore y nos bendiga.*

ANGELA GRASSI.

porque he estado mucho tiempo en Galicia y conozco muy bien el tipo...

Ramirez aconseja á los autores, les ofrece su cooperacion, y tiene de todos pobrisimo concepto, porque no la aceptan.

Los actores todos, sus compañeros, no hacen de él caso maldito, y quien menos caso hace de él es su mujer, que se veuela, como ella dice, cuando le oye hacer observaciones y decir sandeces.

Mariquita es la dueña del dinero, y él no tiene más que lo que su mujer le da de cada quincena para su bolsillo, y lo que todos los dias le entrega para la compra, en la que el bueno de Ramirez sisa lo que puede.

Alguna vez le ha sucedido á Mariquita necesitar un traje y no hallarlo. Su marido lo habia empeñado para ir á ver si con seis ú ocho duros sacaba treinta ó cuarenta, y sacar el vestido inmediatamente; pero como no sacaba los treinta, ni los cuarenta, ni los seis ú ocho que llevaba, el vestido se quedaba en Peñaranda. En estos casos, su mujer se ha revestido de toda su dignidad y le ha puesto como nuevo... pero eso le importa poco, porque no le estorba la vergüenza.

En el teatro hay otros matrimonios muy singulares y dignos de estudio, que ya irán ocupando su lugar en esta galeria.

CRÉDITO AL TRABAJO.

La sociedad de Paris celebró su junta general el 4 de Febrero anterior. Entre los nuevos suscritores que figuraban en lista desde 30 de Julio último, son de notar los nombres de M. M. Bethmont, Maguin, diputados; Emilio de Girardin, Joigneaux, Delbetz, antiguos representantes, y Duboy, abogado en el Tribunal de casacion.

Aparece de los datos presentados por M. Beluze, director gerente, que el 31 de Diciembre de 64, el capital suscrito por 723 asociados, era de 112,400 francos; en 31 de Diciembre de 65, resultaba ser el de 171,750, suscritos por 1,055 (1) asociados. ó sea, durante el año, un aumento de 332 asociados y 61,200 francos de capital.

En el número de las asociaciones industriales de toda clase, algunas creadas anteriormente, y la mayor parte nacidas bajo la proteccion del *Crédito al Trabajo*, cuyos anticipos e inmediato apoyo les habia prestado este, se cuentan una de fundidores en hierro, otra de sastres, otra de copistas traductores, tenedores de libros, dibujantes, pasamaneros, obreros ópticos, mecánicos, factores de pianos y órganos, broncistas de imitación, grabadores en madera; en Nantés y Burdeos, una asociacion de sastres; en Saint-Omer, una asociacion de zapateros, y otra de porcelanistas en Limoges.

Esta inmensa variedad demuestra hasta qué punto la accion del *Crédito al Trabajo* ejerce su fecunda influencia sobre la industria del pueblo francés.

Los nombres de los nuevos suscritores citados arriba prueban asimismo la importancia legitima que tiene esta institucion en las regiones de la inteligencia y entre los amantes del progreso humano.

Sabido es que la empresa del mismo nombre establecida en Madrid, calle de Cervantes, 16, viene á satisfacer con miras elevadamente benéficas, los mismos fines que la de Paris, con más, la notable circunstancia de que el generoso desprendimiento de sus protectores, cuyos nombres concede el público, permite que la administracion de aquella sea gratuita para los industriales durante el ejercicio de 1866 y parte del 67.

Varias veces nuestro periódico hizo las apreciaciones convenientes acerca de tan útil y beneficioso establecimiento.

CASCABELES.

Dicen que el Gobierno va á caer. En la cuenta debe haber caido ya de que no ha caido en gracia.

Aquí los que caen no son los Gobiernos. Los que caen son los contribuyentes, los que viven de su trabajo, que no pueden vivir.

Dijimos en el número anterior que la Junta de señoras de la parroquia de San Marcos nos habia remitido para su venta los ejemplares del *Método para estudiar el francés*, escrito por el señor Badioli, y debemos rectificar, porque no es la Junta de San Marcos, sino la de San José.

Dijo el otro dia el señor Claros que un diputado necesita tener sillas á doce duros y butacas á treinta.

¡Hombre! ¿qué ha de necesitar eso?... Verdad es que tambien dijo que los diputados tienen que ser disipados.

Ya lo saben VV., los diputados tienen que vivir con lujo, tener coche, butacas á treinta duros, sillas á doce, y todo lo demás á este tenor.

Así nos lo hicieras bueno, dirian por lo bajo muchos diputados oyendo al señor Claros, á quien seguramente engañan los mueblistas, porque por menos de treinta duros hay butacas muy buenas, y sillas muy decentes por menos de doce duros.

Tambien dijo el señor Claros que al diputado le es precisa la murmuracion.

Pues señor, buenos pone á los diputados el señor Claros, á quien podremos llamar desde hoy por su condicion de diputado disipado, y murmurar sin que pueda ofenderse.

Hemos recibido *El Almanaque político y literario de La Soberanía Nacional*. Nuestro colega no lo ha publicado antes por efecto de las circunstancias; pero á pesar de

(1) Para poder apreciar la importancia de esta cifra, conviene advertir que la mayoría de los asociados son gerentes de las asociaciones populares, y en este concepto representan más de 40,000 individuos.

que habrán desaparecido del libro muchas cosas buenas, aun ha quedado muy interesante y será buscado con interés. Dan un gran valor á este *Almanaque* las firmas de los señores Olózaga, Hartzenbusch, Breton, Fernandez de los Rios, Prieto, Somoza, Mata, Loma, Güell, Plácido, Santos Alvarez y otros.

A los Gobiernos moderados dice un periódico que se debe la organizacion política y administrativa de España.

Pues hijos, os habeis lucido.

Charadita.

La primera repetida un tonto tiene que ser; la primera con la cuarta en el ancho mar se ve, y tambien en la botica es fácil que te lo den; cuarta y segunda no pides, y eso que más de una vez la pediste cuando chico y te la dieron tambien; tercia y primera detrás de un animal va con él; tercia y segunda es un vicho que acaso miedo te de, y á la primera y segunda la das siempre con los piés; y el todo es cualquier político de esos, lector, que se ven, que con sus botaratas nos pueden comprometer.

Al suave señor Hoyos le están diciendo muchas claridades los periódicos de oposicion. Eso es lo que tiene hacerse de miel.

El señor Hoyos, tan amable, tan atento, tan dulce, tan sensible, tan amante de la prensa, tiene que sufrir ahora esos disparos, que, gracias á Dios, no son como los disparos que aquella autoridad nos hubiera hecho sufrir á poco que nos hubiésemos descuidado.

Charadita del número anterior.

Pues señor, está en un brete cuando hace mucho calor, la dama á quien el sudor le liquida el colorete.

No bien se ha publicado el Reglamento para las carreras civiles, cuando ya ha sido barrenado por uno de los departamentos del Ministerio de Hacienda.

Y si no, ¿qué causa ha habido para secar á don Plácido Rodriguez, Administrador de Rentas de Vega de Valcarlos, con más de 16 años de buenos servicios? Si las leyes han de ser respetadas, es preciso rijan igualmente para todos.

En nuestra Administracion están de venta los celebrados *Cantares de Palau*, con un prólogo de Cañete, á 4 rs.; *El Caudillo de los ciento*, novela de Arnao, con un prólogo de Hartzenbusch, á 14 en Madrid y 16 en provincias, y la *Pasion de Jesús*, corona sacra, lectura muy propia de esos dias de recogimiento y contemplacion, á 6 reales.

El Jueves Santo se estrenará en la iglesia del hospital general un monumento que, aunque sencillo, no carecerá de novedad y mérito, por el que sabe dar á todas sus obras el acreditado artista escenógrafo del teatro Real don Augusto Ferri. En dicha iglesia habrá el Jueves Santo sermón de Mandato y Lavatorio á doce pobres del establecimiento vestidos con uniformidad, y despues de los Maitines sermón de Pasion y Miserere. El Viernes, además de los Oficios, habrá por la noche Serenata, sermón de Soledad y Stabat Mater.

Es de esperar que habrá concurrencia con el doble objeto de ver esta novedad y dejar alguna limosna.

Infinitos jubilados de la Real Casa y Patrimonio, sumidos en la mayor miseria, por no cobrar hace 96 dias ni un solo real por cuenta de sus sueldos ó consignaciones atrasadas y corrientes, nos ruegan llamemos la atencion del Administrador general y excitemos su celo, á fin de que sean socorridos cuanto antes; pues de no ser así, muchos perecerán de hambre. Nosotros unimos nuestros ruegos á los de estos desgraciados.

Hay en Madrid una pobre familia, compuesta de un matrimonio y tres niños, que por efecto de una estafa que acaba de sufrir, se ve en la mayor miseria. Las personas caritativas que deseen favorecerla, pueden dirigirse á la casa de comercio titulada *La Esmeralda*, calle Mayor, 45, donde se reciben los donativos.

El Gobierno fué derrotado en la cuestion de incompatibilidades.

Pero el Gobierno sigue, porque dirá: «Más vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer.»

De un momento á otro serán presentados á las Cortes los proyectos preparados por el señor Alonso Martinez para mejorar la situacion de la Hacienda y del crédito nacional.

Con este motivo hemos tenido la satisfaccion de ver á los periódicos de todos colores ocupados en la cuestion económica, que es la que en primer término interesa al país; pero no vayan VV. á creer que al tratar esa cuestion magna han prescindido los diarios políticos de sus pasiones, ni han mostrado en el asunto la imparcialidad y el comedimiento que requiere. Ninguno ha indicado hasta ahora una solucion original para

la crisis que nos agobia; ninguno ha combatido los pensamientos del ex-jóven burgalés, que, por otra parte, son todavia desconocidos; pero en cambio los han querido desacreditar antes de que se publicaran, y no hace muchos dias leímos en un periódico que «ya puede presumirse cómo se arreglarán las *celebres amortizables*, siendo la Union liberal quien las arregle.»

Ahi tienen VV. una vez más el secreto y la norma de lo que en España se llama oposicion. Hay una necesidad urgente, pues se pide y se exige que la atiendan los Gobiernos; tratan estos de atenderla, pues se dice que la atenderán mal, y para preparar la atmósfera se coloca el adjetivo *celebres*, por supuesto sin intencion, delante de unas deudas cuya legitimidad acaso habrá defendido el mismo diario que las califica.

Así se agravan los conflictos, se enmaraña la situacion, y se van sembrando vientos para recoger tempestades.

Nosotros no entendemos el patriotismo del mismo modo, y estamos dispuestos á estudiar los anunciados proyectos, sin mirar de dónde vienen y sin envenenar cuestiones, que solo pueden hacerse odiosas involucrándolas con otras de muy distinta especie.

Si el señor Alonso Martinez presenta proyectos que restablezcan el crédito nacional, si atrae los capitales extranjeros sin imponer grandes sacrificios al país, si acaba con la crisis metálica, pagando tributo á los principios liberales, EL CASCABEL aplaudirá con entusiasmo y proclamará al señor Alonso Martinez estudiante notablemente aprovechado; pero si el señor ministro se nos viene con proyectitos hipotecarios juzgados en la pasada legislatura, si nos propone un monopolio más, si quiere aumentar y dejar abierto el empréstito permanente de la Caja de Depósitos, EL CASCABEL pedirá que don Manuel vuelva á Burgos á ensayar... lo que tenga por conveniente.

Á D. VENTURA DE LA VEGA

en la representacion de su tragedia LA MUERTE DE CÉSAR

(REMITIDO.)

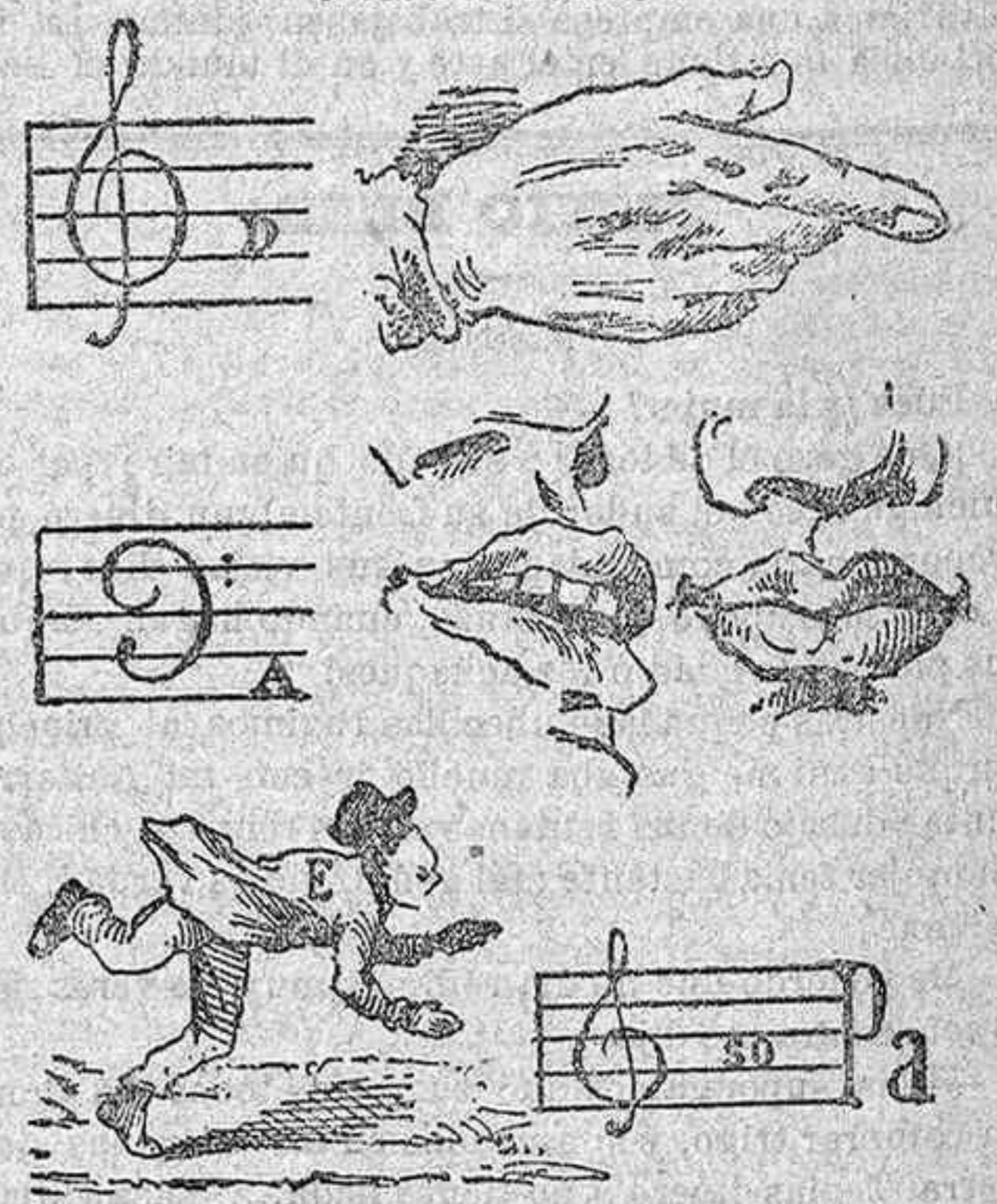
SONETO.

¿Quién no miró con mudo arrobamiento Del Pueblo Rey la cuna y los blasones? ¿Quién no oyó de sus incultos varones La voz augusta, el levantado acento? ¿Quién no vió con pavor y sentimiento Deslucidos y rotos sus pendones?... Nadie, que aun entre bárbaras naciones De la Historia se acata el documento. Mas presentar á Roma coronada Para caer despues envilecida ¡Torpe baldon! en la civil refriega, Mas sacarla del polvo, de la nada, Dando á sus hijos movimiento y vida.... Fué privilegio reservado á Vega.

NARCISO RINCON.

El próximo Miércoles santo, se publicará un número de EL CASCABEL, que recomendamos á nuestros favorecedores.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

Continúa el barato de lanillas á 2 y medio, 3 y 3 y medio. Indianas, 2 y medio y 3. Los drogúes á mitad de su precio. Madapolam y percal blanco, 2 y medio, 3 y 3 y medio. Pañuelos de Manila, de 70 á 2,400 rs. De seda la India, de 14, 16 y 18. Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Nuevo almacen de azulejos de las mejores fábricas de Valencia. - Ancha de San Bernardo, núm. 30, Madrid.

Por lo contenido en este número. F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de EL CASCABEL, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.